

Leyendas

Por Enrique Otero D'Costa

DE FRENTE AL SOL

Aun se descubren agazapados en un recodo de Playa Rica los vestigios de lo que fue, en pasados siglos, el caserón de la encomienda de Chinchiná! Y cuántos recuerdos evocan esas ruinas...! Uno pienso relatar ahora, antes de que le devore la carcoma del olvido.

Don Fernán López de Sandoval, el encomendero, paseábase nerviosamente por el corredor de la casona al reír de una alborada de agosto, año cristiano de mil quinientos noventa y dos. Puesto tenía el anciano guerrero su sayo de armas y calzadas las espuelas que, al compás del caminar, cantaban un bélico retintín.

En el campo de los vigías asechaban. Del oratorio salían pausadamente ecos de plegaria.

Súbitamente, y a buen volar, aparecióse ante Don Fernán un indiecillo.

—Señor y mi amo: la **escucha** del río dice que oye como ruidos de gentes que se adelantan!

—Dávalos! Dávalos!, voceó sonoramente el de Sandoval.

Y ante el conjuro púsose de presente Antón Dávalos, el administrador de la encomienda:

—Héme aquí, Don Fernán...!

—¿Aprestados estáis?

—Lo estamos, Señor!

—La **escucha** de allende el río ha oído como rumor de gentes que se acercan.

Y en este punto iba la plática cuando la voz de la **escucha** aulló en la lejanía;

—¡Ah, los de allá...!

NOTA: En Bogotá falleció recientemente este destacado historiador colombiano, de agradable estilo y maravillosa erudición. En su recuerdo publicamos algunas de sus deliciosas crónicas sobre temas coloniales materia que fue de su especial predilección.

“¡Consota y al Rey!

!Paso franco habéis!”.

—¡No lo pide quien la toma!, replicóle orgullosamente una voz. Serenóse la faz de Don Fernán, y a la luz de la linterna pudo ver Dávalos que el señor encomendero sonreía:

—Dávalos, ellos son; no cabe duda. ¡Estamos salvados!

—¡A salvo, señor!

Y a la verdad, ellos eran: Don Diego de Aguilar, señor de la rica encomienda de Consota, quien venía conduciendo el ansiado socorro. Y cuán oportunamente respondía al llamamiento; porque las bandas de los feroces pijaos, según cuentas, debían de hallarse muy próximas; el día anterior, a la hora de vísperas, las habían divisado los espías trastornando las lomas de Corozal.

¡Bienvenidos los de Consota! Delantero avanzaba Don Diego empuñando su temible lanza, y embrazando la adarga de cuero de danta; seguía García de Cáceres capitaneando veinticinco indios labradores armados de flechas, macanas y cachiporras; tras de ellos parecía el mosquetero Leandro Estopiñán, calpieste de los negros mineros, veinte en número y armados de todas sus armas; finalmente, a la zaga, cerrando la bélica marcha, destacábase la figura de Don Rodrigo de Aguilar, mayorazgo de Consota, gallardo mancebo que apenas veinte años florecía. Regía el doncel un nervioso alazán de flancos nerviosos y ojos centelleantes, y cabalgaba al frente de ocho indios vaqueros que enristaban largas lanzas de **maquenque**.

Con estos escuadrones y con más cuarenta y dos indios gañanes, mineros y vaqueros que tenía aprestados Don Fernán, púdose sumar un razonable número de combatientes bien armados y resueltos a cantar victoria sobre el pijao.

Los indios de Consota y los de Chinchiná, todos quimbayas de alcuña, juntáronse con los negros, y enderezaron sus pasos hacia el tambor donde ya se formalizaba el aderezo de una novilla cuyos tiernos despojos ofrecerían un desayuno a la mesnada con el aditamento de cierta sustanciosa chingua y con buena cuantía de adobadas arepas que a fuego lento se doraban repantigadas en sus respectivas callanas.

La gente blanca encaminóse hacia el salón principal en espera del yantar que asimismo adobábase en la cocina y mediante los oficios de dos robustas negras esclavas hábiles en tales ministerios.

Corría la conversación animadamente en la sala cuando de pronto tronó afuera la esperada voz de alarma:

—¡Pijaos en el campo! Armas tomar!

Y esta era la realidad, porque ya sentíanse a lo lejos, con rumor creciente, los alaridos de la invasión y el eco salvaje de sus fotutos, caracoles y demás instrumentos músicos de guerra... Allí estaban, allí estaban al fin, los ferocísimos pijaos, aquellos valientes guerreros cauchumas del Quindío, que tanto y tanto desazonaron al colono español.

¡Al arma! ¡Al arma!, vociferaron en horrisono coro, blancos, indios y africanos... ¡Al arma! y todos a una, cual movidos por una exhalación, terminaron su apresto y lanzáronse al campo anhelantes de batallar, buscando terreno propio donde pudieran jugar los caballos.

Muévense los escuadrones con bélico estruendo, corren briosamente por la vega, y apenas habían esguazado el río cuando halláronse frente al enemigo empeñándose seguidamente la acción con sin igual furia y empuje de ambos contendores.

¡Santiago y a ellos!

La primera acometida fue descomunal: los cristianos jugaban sus arcabuces con tan buen acierto, que no erraban tiro; botes de lanza aquí, tajos y mandobles acullá, macanas que molineteaban en los aires con rabiosa violencia, cabezas rodando por los suelos, brazos y piernas que se descuajan a diestra y siniestra, flechas que hienden los vientos y traspasan los cuerpos con violencia sin igual!...

Ya las cristalinas aguas del Chinchiná se tiñen de carmín... La tierra se pinta de rojo y el vaho de la sangre enciende aun más el llamear de las pasiones. ¡Mas ninguno ceja! ¡Duro, y a ellos! Y oíd el vocerío cristiano y la bárbara algarabía cómo aturden y ensordecen aquellos valles que tal parece que las sierras se derrumban a lo profundo y que el mismo infierno resuella por todas sus bocas, compuertas y claraboyas!

Pero, ¿qué acontece? ¿Cejan los blancos? Tal lo parece... Don Fernán ha sido herido en una pierna; García de Cáceres sucumbe al golpe de un tremendo tajo de macana; Estopiñán estaba fuera de combate de un lanzazo que le metieron debajo del brazal. Del escuadrón que regía Don Rodrigo restan apenas tres jinetes, y cosa de veinte peones hállanse mal heridos. Los negros se desbandan... El desaliento cunde y ya la derrota se cierne sobre el cristiano campo.

En vano Don Diego de Aguilar conjura las huestes a la resistencia. En vano Antón Dávalos reparte mandobles y reverses sosteniendo casi solo una lucha desigual. Inútilmente Don Rodrigo intenta lanzar casi solo una nueva acometida sobre el salvaje escuadrón... Allí no había ya manera de oponerse contra la horda que, con su volumen, ferocidad y empuje, todo lo arrollaba y barría cual encrespado turbión; y tras de esfuerzos baldíos para rehacerse, apenas tuvieron tiempo los caudillos para reunir parte de sus mermadas escuadras y organizar la retirada hacia la casona, buscando abrigo tras sus fuertes muros y ventajosa posición.

—¡Ah, Don Rodrigo! Contened a los gandules, que requerimos un resuelto para poner a salvo a Don Fernán!

Y entretanto Don Diego de Aguilar improvisaba un guando para conducir al malferido Don Fernán, el bravo doncel. Acompañado de Dávalos y de algunos indios fieles, organizó la retirada dando largos para salvar al anciano caballero, al noble encomendero de Chinchiná.

—¡Don Rodrigo!, exclamó Dávalos, paréceme que ya mi señor va en salvo; huyamos ahora, que colijo es ya tiempo de fiarnos más a los pies que a las manos!

—Vuestro amo irá a salvo, mas nuestra honra está en peligro... ¡Huíd solo si ello os place!

—Mirad que huyendo vamos, señor... Solamente propongo volver caras, que andando de espaldas, según vamos, muertos habremos de quedar antes de ganar la casona!

Y qué demonios iba a seguir Don Rodrigo el prudente aviso de Antón... ¿Volver la espalda al enemigo un Aguilar? ¡No, nunca! ¡O triunfar en su empeño, cual cumplía a un caballero, o morir dando el rostro al enemigo como correspondía a los guerreros de su stirpe!

¡Ea, luchar! ¡Combatir de frente disputando el terreno palmo a palmo! Un esfuerzo más y ganarán la casona cuyas techumbres ya se parecían... ¡Un esfuerzo más! ¡Un esfuerzo más!

Pero escrito estaba. El dardo salvaje hendió los aires y silbando lúgubrementemente lanzóse sobre el pecho del generoso mancebo, atravesándole el corazón. ¡Aquello fue instantáneo. Veloz, como el pensamiento! Y Don Rodrigo de Aguilar entregó su alma a Dios...

Una pequeña escolta que había sacado Don Diego de la casona reforzó a los bravos justadores y así pudieron coronar su retirada; conque desalentados los pijaos, y viendo que la captura de la casa era corozo duro de morder, diéronse por satisfechos y se retiraron dejando el campo desembarazado.

Lloraba Don Diego de Aguilar la temprana muerte de su hijo? ¡No! Quedóse el llanto para otros ojos... ¡El anciano callaba mirando el cadáver de su primogénito con doloroso orgullo; mudo, rígido, mirábase tendido largo a largo en mitad de la estancia, su continente reposado, solemne... en el pecho vigoroso mordía aún el dardo y la sangre unguía el pavimento.

Y cruzados los brazos, decía el viejo encomendero de Consota: —¡Acercaos, señor Don Fernán, acercaos, Dávalos, venid todos a contemplarle! Muerto le tenéis, mas reparad en su herida: no se dirá que cayó dando la espalda al enemigo! ¡Vive Dios que no lo dirán! ¡Era un Aguilar!

¡Sí, era un Aguilar... Era un Aguilar... Como las águilas de frente al sol!

¡Decid, oh romance arcaico, la gloria de la casta! Decid lo que antaño cantaban las buenas gentes del valle de Cartago. Decidlo, romance viejo!

Batallando como bueno
cayó el bravo capitán!
Su herida no tiene cura
porque fue herida mortal!...
Bocabajo yace el cuerpo
villanos, tornadle ya
que para ver sus heridas
el pecho habéis de buscar
que el muerto es caballero
de la casa de Aguilar!

IN ILLO TEMPORE

—Inútil es, Don Jerónimo, inútil es vuestra porfía; harto sabéis la enemiga que guarda Don Diego contra el Adelantado, y bien

conocéis cuán testarudo es el viejo en tales pasiones... Por esto ningún asombro sentí cuando me decía:

—“¡Muy engañado va ese Don Jerónimo! ¿Otorgar yo la mano de mi hija a un parcial de Benalcázar? ¡No, en mis días! ¡Muerto me he de hallar o moro me han de ver antes de consentir en que caiga sobre mí tal baldón!”.

Esto relataba a Don Jerónimo de Vezga un su amigo, cierto día domingo, después de misa mayor, y en el atrio que daba acceso al templo de Anserma. Esto relató el sobredicho amigo, y cuando Don Jerónimo escuchó tales novedades, no alimentó otro deseo que el de marcharse a su posada para recapacitar a solas y meditar sin testigos el remedio que debía procurarse en tan desventurado trance.

Allá va, rodando calle abajo, Don Jerónimo de Vezga, camino de su posada. La sombra de su silueta, larga y ceremoniosa, se encoge y se alarga a la luz del sol de septiembre, que revienta manojos de rayos en las calles, bajo el límpido cielo, tan límpido, que tal semeja un lago de cobalto...

El enamorado caballero retorciase el mostacho, que se replegaba bajo su aguileña nariz, y soliloqueaba:

—Si el viejo lo dijo, el viejo lo cumple. ¡Y que lo dijo, lo dijo! Le conozco como a mis manos... Hombre perdido me tanteo; porque si doy mi brazo a torcer, abandonando las banderas del Adelantado para seguir las de Robledo, además de dar de través con mi honra, me embarco en nave que, paréceme, se está yendo a pique; y si no hago esto, seguro estoy de que el Don Diego no me permitirá jamás llamarle **suegro**... ¿Habrás visto un comprometimiento igual? Y pensando en éstas y en otras llegó al mesón, y sin mirar a nadie metióse a su alojamiento y tendióse en la cama invocando consejo a la almohada. Erase ésta de poca tripa y de mal aliento, y así tenía que resultar su aviso, que no por bellaco dejó de seguir nuestro enamorado hidalgo viéndole como la única tabla de salvamento en el agitado mar de sus cuitas.

—¿Qué os reportan —díjole su consejera, el señor Adelantado Benalcázar, el guión real, el católico Monarca o el Preste Juan? Bien poca cosa, por cierto... ¿Y vale ella, siquiera, una pestaña de los ojos de Doña Isabel? ¡Qué va!... ¡Entonces, señor Don Jerónimo de mi alma, abandonad esas banderas y esos guiones y esos adelantamientos, y marcháos con el mariscal Robledo, a cuya sombra obtendréis lo que tan apretadamente os pide y marca vuestro corazón!

—Corazón, ¿qué decís desto?

—Digo que sí,

—Corazón, te acataré.

¡Qué tirano eres de mí!

¡Y vaya, si el corazón de Don Jerónimo tenía motivos! Como que la niña, quien no era otra que Doña Isabel Gutiérrez de los Ríos, cuando no hacía reventar de envidia a las rosas, ponía al mismísimo sol en parpadeos.

¡Y al dicho, hecho, sálgame torcido o derecho! No había derramado la aurora su llanto sobre los jardines de Anserma, cuando un ji-

nete, cabalgante en brioso caballo de rúa, alejándose de la ciudad, rumbo al norte. ¿Qué derrota lleva el caballo? ¿Qué vía sigue y busca el nocturno peregrino?

Don Jerónimo de Vezga va camino de la villa de Arma, en pos del estandarte del mariscal Jorge Robledo, el rival de Benalcázar, el que, a mano armada, con atambores de guerra y banderas tendidas, invadía villas y ciudades, proclamándose su gobernador, con menosprecio de los más valederos títulos que para ello había recibido Benalcázar de manos de la Sacra y Cesárea Majestad.

Gran contentamiento recibió Robledo con la llegada del nuevo adalid que, en crítica hora, venía a engrosar sus vacilantes tercios en cuyas escuadras mordía ya la flojedad o la traición. No extrañarse, pues, que agradecido encomendase al recién llegado un puesto de honor en su guardia personal.

Mas, cuán brevemente disfrutó Don Jerónimo de su nuevo estado. Porque, a poco de andar, cierta madrugada, en que se contaba el primer día del mes de octubre del año cristiano de mil quinientos cuarenta y seis, el Adelantado Benalcázar, con más suerte que astucia y más astucia que suerte, cayó sobre el descuidado campo de Robledo, y sin disparar un solo tiro ni largar un mandoble, apañó la tropa de su rival como si se tratase de un manso aprisco.

Cuando Vezga se percató del riesgo que corrían, incorporóse a toda priesa, y despertando al confiado mariscal díjole:

—¡Ah, señor Mariscal! ¡Levántese vuesa merced y apréstese, que tenemos al Adelantado a tiro de arcabuz!

Saltó de su lecho el Mariscal, armóse con la cota, empuñó la pica, y con urgidas voces exhortó a los suyos para que le siguiesen en la resistencia. Acudieron a su llamamiento Alonso de Medina y el alférez Hernando Gutiérrez de Altamirano, quienes, con más valor que prudencia, animaban al jefe a cerrar sobre el contrario bando. Mas el Mariscal, viendo cuán pocos se allegaban en torno suyo, y no queriendo sacrificar vanamente las vidas de sus leales amigos, dejó caer la pica, y triste y abatido marchóse en busca de Benalcázar, al cual se entregó, ¡ay! para perecer bajo sus manos vengativas cuatro días después, recibiendo la muerte a vil garrote, junto con tres de sus principales capitanes.

Temeroso Don Jerónimo de caer en las manos del Adelantado, apeló a la huída, y gracias a sus buenos pies, pocas libras y mucha suerte, logró salvarse despeñándose ilesamente por uno de aquellos precipicios y ganando, tras de mucho correr, un seguro refugio en Anserma, en casa de un camarada leal.

Fueron y vinieron los días. Calmáronse las pasiones y persecuciones, y una vez marchado el Adelantado hacia Popayán, abandonó el de Vezga su escondrijo y dejóse ver por las calles de la ciudad, saliendo al principio con prudencia y recato, y más tarde, cuando comprendió que se le dejaría en paz, con toda desenvoltura y confianza.

Y hé aquí que apenas nuestro héroe volvió a sentirse seguro, enderezó sus pisadas a casa de Don Diego Gutiérrez de los Ríos, con el propósito de demandar el premio de su comportamiento.

—Apartada (se decía) la única razón que tenía Don Diego para repulsarme, no tengo ahora más que abrir la boca y... ¡pedid, que se os dará!

Mas el viejo, que era hidalgo a machamartillo y más honrado que Vivar y más leal que Guzmán el de Tarifa, cuando se hubo enterado de los deseos del galán, reprecóle con sosegada voz:

—Señor pretendiente: cuando érais parcial del Adelantado, tal vez, a fuerza de constancia y de ganar méritos habríais acabado por rendir mi voluntad. ¡Mas hoy, con la flaca jugada que habéis hecho, cambiando de bandera como el que cambia de jubón o se muda los zaraguéllas, hoy con vuestra honra tan mal parada, habéis perdido toda esperanza, porque mejor querría ver a mi hija en las manos de un enemigo leal que en las de un amigo cuya amistad se me cuele por el postigo de la traición!...

Así habló el honrado caballero e hijo-dalgo notorio Don Diego Gutiérrez de los Ríos. Así habló, en la ciudad de Santa Ana de los Caballeros de Anserma. Así habló, ahora cuatro siglos...

EL CASTELLANO DE SAN JUAN

Pasada la guerra que sostuviera contra los tupes, chimilas y otras fieras andianas tribus de la provincia de Santa Marta, el capitán Juan Martín Hincapié (hijo natural del conquistador caquetío Juan Martín Hincapié y de una sobrina del cacique de Munquirá), el gobernador de dicha provincia, Don Francisco Martínez Ribamontán Santander, decidió, para mejor proteger la comarca contra futuras invasiones, nombrar ciertos capitanes experimentados a manera de guardianes de aquellos sitios más vulnerables a los insultos de los bárbaros; así en el Valle de Upar quedó el adelantado Bartolomé de Aníbal Paleólogo; hacia la ribera de Mompós, el capitán Caravajal; en Tamalameque, Azuero Fernández de Acebedo, y en la ciudad de Santa Marta el esforzadísimo capitán Nufio de los Santos y Sandoval.

Tan orgullosos parecían los samarios con tal cuaterno, que las buenas gentes cantaban aquella copla:

En Santa Marta está Nufio
y en Pueblo Nuevo Aníbal;
en Tamalameque Azuero
y en Mompós Caravajal.

Don Nufio (cuyo ilustre linaje ostentaba en su escudo una banda, sable la color, en campo de gules) fue casado y velado con una hija del general Hincapié, segundo de tal nombre, y así por los valimientos del suegro, como por sus propios méritos logró obtener, por real merced, la plaza de castellano del castillo de San Juan, única fortaleza existente en ese entonces en Santa Marta y que había sido edificada en mil seiscientos dos por el gobernador Don Juan Giral Valón.

Rodaba el año de Nuestro Salvador de mil seiscientos veinte y nueve, y regía la samaria gobernación por su majestad Felipe IV Don Jerónimo de Quero, del hábito de Santiago, cuando hétense cierto día blanqueando en el horizonte unas velas navieras... ¡Dos, cuatro, ocho, quince, diez y ocho bajeles!

¿Qué significaba aquella inusitada visión? Erase nada menos que la escuadra del famoso pirata holandés Adrián Hanspater...

Adrián Juanes Pater (como lo apellidaban nuestros cronistas), fue, según tradición que conserva Don Antonio Barranco Manjarrés, deán de Santa Marta, hijo de padres holandeses, de cuyo lado fugóse siendo muy niño, viniendo a dar con su humanidad a Santa Marta de manera casual; allí le recogió Don Juan de Riva de Neira Ulloa, vecino y conquistador de la tierra, y, "porque venía hereje, le hizo catequizar y bautizar".

"Tira la cabra al monte" dice el refrán de antaño. No extrañarse, pues, que nuestro pícaro catecúmeno, yendo y viniendo días, alzara vuelo hacia el solar nativo, y que allí obedeciendo a su carácter aventurero y andariego, se hiciera pirata, viniendo más tarde a lucir sus pecaminosas cualidades y malas artes en la ciudad que le había acogido y criado cuando pobre y miserable andaba con su niñez a cuestas en estas partes de Indias...

Basta de escudriñar vidas ajenas y volvamos al hilo de esta verídica relación, considerando cuál sería el temor del pacífico vecindario de Santa Marta al ver aquella siniestra flota de blancas velas y negros gallardetes avanzando... avanzando hacia la ciudad! Consideremos también cuánta sería la zozobra del señor gobernador hallándose sin manera apropiada cómo resistir a tan traviesa canalla...

La defensa se contrajo al castillo de San Juan, que ocupaba lugar fronterizo a la población, y que, cual perro guardián de la vieja y noble ciudad, se alzaba trescientas varas distante de la boca de Manzanares.

Hace fondo el holandés, abre operaciones y pone finalmente sitio al castillo; defiéndelo su castellano, Don Nufio de los Santos y Sandoval. Truena la artillería de los bajeles y respóndenle las cuatro celeberrimas de San Juan. Aprieta el hereje; resiste el católico caballero:

Que si esforzado es el moro
Don Ortuño lo es más...

Y pasaron así varios días de lucha, y el hambre empezó a molestar a los sitiados, que con la prisa que llevaban al encerrarse en la fortaleza no atinaron a traer consigo provisiones suficientes para un largo asedio. Mientras tanto la artillería continuaba batiendo los muros y barría cuantos hombres hallaba en baluartes, garitas y explanadas. Los defensores resistían fieramente y repelían los ataques con levantados ánimos y extremado coraje. Sin embargo, la resistencia se veía inútil, el sacrificio estéril, que ya el hambre golpeaba con el aldabón... ¿Cómo hacer? ¿Pedir cuartel? ¿Capitular?

Aquí del valiente Sandoval quien, movido por súbita inspiración, y en lo más duro de la refriega, asomóse a la muralla y arrojando un buen tasajo de carne, dio voces al enemigo diciendo:

—¡Tomad qué comer, para que mantengais el sitio!

Sus soldados, no comprendiendo aquella acción que los privaba del único alimento que intramuros quedaba, intentaron oponerse, mas el castellano les dijo:

—¡Quiero morir con hambre y con honra!

El enemigo, que esperaba la capitulación por hambre de un momento a otro, al ver aquel acto, quedó atónito, desconcertado, y comenzó a vacilar... Tenía para rato. No debían estar en gran apuro los sitiados, cuando se deshacían de sus vituallas tan fácilmente. ¡A tal paso, sería obra de nunca acabar! Y como el tiempo apremiaba y por ventura el pirata quería ahorrar su sangre, ofreció honrosos tratados a los del castillo, a lo cual se avino el castellano, logrando convenir una entrega de la plaza "muy a su satisfacción y con partidos muy honoríficos".

Salvado así el buen nombre de las armas españolas, vino la evacuación de la fortaleza, para lo cual hizo formar el pirata una calle de honor a la salida del castillo. Tenía sus puntos de hidalguía y quería rendir justo homenaje a los valientes.

Batió el atambor un ronco paso de marcha, lloraron los goznes, abrióse el portalón, tendióse sobre el foso el puente levadizo, y en medio de la calle de piratas desfiló el castellano con sus soldados, armados de todas sus armas, solemnes los rostros, marcial el continente...

¡Pón! ¡Pón! ¡Pón! crujía el parche del atambor. Pasan uno, dos, seis, diez soldados...

Y no salían más.

Impaciente pidió Hanspater al castellano ordenase al resto de la guarnición desembarazar el castillo, a lo cual, el valentísimo capitán, mirando de hito en hito al bucanero, replicóle con sorna:

—¿Quién te dijo que si yo tuviese más gente viva te habría de entregar?

No pocas asedías experimentó el pirata al comprender la treta, mas como ella había sido jugada en buena lid, debía cumplirse lo pactado, y lo cumplió así religiosamente.

¡Por Baco balillo!, qué bien sutil fue la estratagema de este buen caballero Don Nunfio de los Santos y Sandoval!... Y bien empleada que estuvo, como que por ella quedó a salvo y quitó de todo linaje de mancha el claro nombre de las armas de Castilla y León...

Si tú, lector curioso, deseas saber algo más sobre la vida de este pirata y de su contrincante en el castillo de San Juan, sígueme a través de estas líneas finales.

Quizá para consolarse del engaño que le hiciera el capitán Sandoval, dióse el pirata a robar en Santa Marta lo que pudo, desvalijando la catedral y los templos de San Francisco y Santo Domingo, llevándose todos sus vasos sagrados, ornamentos y hasta las campanas... Item más: robóse las cuatro culebrinas que desde las almenas de San Juan cantaran tan buenos responsos a la artillería de su flota, a los cuales instrumentos tenía en tanto el Adrián, que, según cuenta **La Floresta**, "dixo que por solo ellas avia venido". Cuando lo **dixo**, así sería.

De Santa Marta levó anclas la armada rumbo franco al oeste, y pasado algún tiempo, hallándose a la altura de las costas del Brasil, a doce de septiembre del año de mil seiscientos treinta y uno, avistóse con la escuadrilla de diez y ses bajeles que comandaba el almirante español Don Antonio de Oquendo. Para esa época regía Hanspater treinta y tres naves de las cuales, obedeciendo a noble orgullo, solamente destacó diez y seis sobre el enemigo, con el fin de igualar la lucha (en número, pues en poder siempre llevaba ventaja) y después de los preliminares usados se trabó la acción a los 18 de latitud sur, quedando vencedora, después de encarnizada refriega, la castellana gente, y muerto el pirata cuya nave capitana fué con él a fondo. El navío en que transportaba el pillaje tomado en Santa Marta "con otros robos, se lo tragó el mar, sin que escapara cosa alguna", según lo refiere el cronista Zamora.

El fin del esforzado émulo de Hanspater en la acción del castillo de San Juan no fue menos cruel; el noble caballero vino a perecer a manos de los indios chimilas, quienes lo asesinaron en el camino que conducía de Santa Marta al Valle de Upar, "sin embargo de que lo recorría siempre armado con cota de malla, porque debaxo del brazal le dieron un penetrante flechazo que le quitó la vida".

Esta fue la crudelísima muerte del buen capitán Don Nunfio de los Santos y Sandoval, de cuya verdad no parece quepa duda, pues así la refiere el alférez Don Joseph Nicolás de la Rosa en su tratado de la **Floresta de la Santa Yglesia Cathedral de Santa Marta**, al capítulo VIII del libro I, a do habla del ilustrísimo y reverendísimo señor fray Sebaftián de Ocando y de "cofas memorables de fu tiempo".

LAS CLAVELLINAS

Cartagena de Indias, tierra de grandes hechos, fértil mina de guerreros, asiento de legisladores y ameno campo de escritores, fue también glorioso jardín de santos. Díganlo, si no, el insigne Luis Beltrán y Fray Dionisio de la Cruz, el venerable asceta natural de la gran China, que murió de ciento veinte años en el convento de dominicanos, asistido en su tránsito por el espíritu de San Francisco Javier, de quien fue confesor en las misiones de Oriente. Certifíqueno Fray Diego de Aragón, de quien relata la crónica que multiplicaba milagrosamente las viandas del convento seráfico, y aquel Fray Alonso de la Cruz, el visionario fundador del cenobio de La Popa, y que murió martirizado por los salvajes de Urabá. Testifíqueno la extática sor María del Rosario, el hermano jesuíta Francisco de Bobadilla y, en fin, toda la unguida catterva de beatos, religiosos y seculares, de cuyas maravillas y taumaturgias están henchidas las historias y tradiciones de los pasados siglos.

Brilla y esplende en el viejo cronicón religioso el santo jesuíta Pedro Claver, quien llovió sobre la ciudad tanta y tanta suma de obras prodigiosas, que muchos años después de su muerte cantaban los buenos cartagineses:

Por un bobo y un Claver
está Cartagena en pie.

El "bobo", que va a guisa de equívoco en esta capilla, no era otro que el humilde hermano Francisco de Bobadilla, por cognomento "el hermano santo", y del cual se refiere que llevaba sus mortificaciones al extremo de entregar voluntariamente su cuerpo a la voracidad de los mosquitos, abandonándoles pacientemente su sangre para que la chupasen hasta que los tanteaba hartos, en cuyo punto decíales:

—¡Ea, animalillos de Dios, idos en paz y dad lugar a que vuestros hermanitos yanten también!

Al oír lo cual alejábase volando el satisfecho enjambre, dejando el puesto a otra bandada que cerca de allí esperaba el turno silbando, chillando y pitando. ¿Habrás visto penitencia mayor?

Mas no nos embosquemos en estas digresiones, y sigamos nuestro canto llano, porque a menudo acontece que tales contrapuntos y dibujos suelen pasarse de sutiles, como decía el pícaro Ginesillo de Parapilla. El cual canto llano y plano no será otro que el de reducirme a relatar un tierno y florido pasaje acontecido con el santo Pedro Claver.

Aun se ve en Cartagena, en el ángulo que forman las calles de La Mantilla y de Don Sancho, una vieja casa que luce sobre su portalón un pétreo escudo al que corona primoroso yelmo plumado, realzado con garbosas trascoles. Morada fue ésta del capitán Don Francisco de Silva y Castillo, hombre pío, grande limosnero y muy temeroso de Dios, cual cumplía a los buenos hidalgos del coloniaje.

Poseía el capitán una negrita que había comprado en la última feria de galeones, la cual negrita, que provenía de la casta llamada "mocaranga", apellidábase en su patria lengua "Yariva".

—Ciento veinte pesos de buen oro dí por la esclavilla —decía Don Francisco a su mujer—; mas ello no empece, porque hállola más sana que mi conciencia y, confianza en Dios, nos servirá cumplidamente en los menesteres de su oficio, hasta que vayamos con nuestros cuerpos a la sepultura y con nuestras almas al cielo, según confío y procúrolo.

—¡Acatado y reverenciado sea El, y todo sobrevenga al compás de su voluntad; pero no olvidemos, señor mío, nuestra obligación de sacar a esa muchacha del estado de su gentilidad!

—Pies han menester las cosas; quiero decir que tócanos primeramente el instruilla en la doctrina de nuestra santa fe para procurarle luégo el óleo y la crisma.

E instruíase la negrita en las católicas enseñanzas cuando, cierta mañana, y sin conocida causa, encontráronla largo a largo por los suelos, sin mostrar signo de vida alguno, pues ni le hallaron resuello, ni pulso, ni movimiento, por lo cual percatáronse de que la pobrecilla Yariva estaba muerta sin remedio...

—No la toquen —dijo gravemente el capitán Don Francisco de Silva y Castillo— y seguidamente envió a uno de sus esclavos en demanda del padre Claver.

Muy en breve llegó el santo, cojeando al compás de su tradicional muleta, y recibido que fue en la casa con grandísimos y piadosos extremos, refirióle el capitán el suceso, mostrándose, mientras hil-

vanaba su relato, embargado de la más triste congoja al considerar que la niña había fallecido sin el bautismo.

Allegóse el santo a la difunta, y sin saber cuál fuera su nombre, la llamó por él diciéndole:

—¡Yariva! ¡Yariva de Dios!

Ante cuya invocación incorporóse la negrita y, sonriendo placidamente, pidió el bautismo.

—No haya lugar a maravillarse —dijo el santo humildemente—. Esto no es nada. Traedme agua.

Y examinada que fue la pequeñuela en materia de doctrina, y placido Claver del examen, dióla, en el bautismo, junto con la vida de la gracia, la vida temporal.

Algún protervo hereje podría argüir que no ve el milagro, alegando que bien pudo la muchacha haber padecido un accidente cataléptico del cual volviera, en modo coincidencial, al ser conjurada por el santo.

Poca prisa me corre para que sea guardado el suceso cual hecho sobrenatural; mas tal vez sí lo parezca al añadirle su maravilloso complemento que reputan las viejas tradiciones tan verídico cuanto milagroso.

Y fue el caso que el agua con la cual se bautizó la negrilla quedó en un barreño traído para la ceremonia, y por reverencia de haber servido para administrar el sacramento, suplicó el padre Claver que no la arrojasen al suelo.

Fuése una criada con la vasija, y buscando un propio lugar para verterla, ocurriósele hacerlo sobre un tiesto lleno de tierra que tenía preparado la señora capitana con el designio de sembrar en él una planta de jardín.

¡Alabado sea el Señor! Al día siguiente surgió de aquella tierra una delicada planta de la cual brotaron ciertas florecillas, tan lindas, que eran la suspensión de las gentes que venían a admirarlas, sin que nadie atinase a saber a qué especie vegetal correspondían, pues no recordaban haber visto cosa igual o parecida ni en estas Indias ni en los reinos de España! ¿Y qué diremos del aroma que despedían sus corolas? ¡Era tantísimo, que toda la casa se inundó de aquella fragancia, una fragancia exquisita, suavísima, que embargaba los sentidos del más célico transporte!... ¡Ni el nardo, ni el heliotropo, ni el jazmín glorioso, ni la santa azucena de la Virgen podían hacerles ventaja!

Pasaron los días, y los males ordinarios que padecía Claver se agravaron de muerte, y una tardecita del mes de septiembre del año de Nuestro Salvador de mil seiscientos cincuenta y cuatro entró en agonía. Su alma purísima, santificada muchos días hacía por la penitencia, el amor y el sacrificio, despojóse de sus flacos arreos para subir, cual deslumbrante nube, cielo arriba, derecho, derecho, hasta llegar al trono de Dios a cuyos pies reposó el reposo de los justos... Y a su llegada difundióse por el ambiente celestial una fragancia dulcemente embriagadora, la fragancia de las florecillas que habían volado junto con el santo, envolviéndole como en un halo de divinísimo olor...

Tal la tierna historia que se relata en Cartagena sobre el origen de la clavellina, nombre que se dice recibió la planta en memoria de Claver; tal es la historia que me refirió una buena viejecita cierta

jubilosa tarde septembrina, mientras regaba con pulso trémulo las florecidas macetas de su jardín.

—Dígame usted, señora Amalia: ¿y cómo se comprueba ese relato?

—¿Cómo? ¡Pues aspirando la flor! ¿Lo hizo usted? ¿Le halla perfume? ¡No! ¡Y cómo hallárselo si el santo, que le había dado el suyo, al morir lo llevó consigo!... De ahí que ésta sea la única de nuestras flores que no tiene aroma. ¿Quiere usted una prueba mejor?

Los ojos apagados de la buena anciana se iluminaron súbitamente... ¡Por sus pupilas pasaba brillante y firme el destello sublime de la fe!

GENUS IRRITABILE VATUM

Personajes: Don Pedro de Cárcamo y Orozco, nativo de Córdoba. Mancebo de muy buenas partes. Hijo segundo del difunto gobernador de Santa Marta Don Lope de Orozco.

El capitán Antonio Flórez, manchego. Afamado caudillo de la ciudad de la Nueva Valencia del Nombre de Jesús. Caballero valeroso y hombre de acción.

Pedro Chiquillo, Soldado travieso de muy bueno y festivo ingeni.

Epoca: año de Nuestro Señor de mil quinientos y noventa años.

Proscenio: la provincia de Santa Marta, o sea "La Perla de la América", que dijo más tarde el R. P. Antonio Julián.

Catalogados estos personajes, saquémosles al retablo y movamos las cuerdas. Estadme atento, carísimo lector, que la historia es algo divertida.

Y fue el caso, y va de cuento, que Don Francisco Marmolejo, gobernador de Santa Marta, dispuso una entrada contra los indios de la provincia llamada de El Carbón, colocada en las faldas de la Sierra Nevada, mirando hacia el poniente. Capitán de la jornada fue nombrado el dicho señor Don Pedro de Cárcamo.

Convertida Santa Marta en sala de armas, pudo contemplar la ciudad aquel bullicioso trajín de capitanes, cabos y soldados entregados al bélico movimiento; pudo celebrar aquel ir y venir de garridos caballeros y de apuestos jinetes luciendo vistosos uniformes y esponjándose ante las doncelliles rejas consteladas de beldades samarias, cual si los tales fuesen gallitos de corral. ¡Qué de animación y de luminarias! ¡Qué bríos! ¡Vaya con la pujanza! ¡Arre! Los indios carboneros eran opinados de valientes, pero mal año y peor día se les esperaba con aquella ruidosa avalancha que iba a desgajárseles encima...

Ya dieron de mano a los preparativos. Ya se mueven hasta doscientos soldados al son de pitos, cajas y chirimías y con su carruaje de gentes de servicio y de guerra. Ya dan la vuelta a la Sierra, día de la Cruz de Mayo. Rige la vanguardia el maestre de campo Christóbal de Almonacid, con cincuenta arcabuceros y rodeleros seguidos de veinte soldados con la impedimenta. Al centro marcha con su escolta Don Pedro de Cárcamo y a la retaguardia se mueve el brioso capitán Juan de

Humán, vecino sobresaliente de la ciudad de Nueva Salamanca de la Ramada.

Cruzan el valle de Betona, atraviesan las ricas tierras de Pociqueica, y hétenos ya, al marciano coro, en la deseada provincia de El Carbón.

¡Santiago y Cierra España! Dan un albao en el pueblo de Zaragoza, y vencen. Más adelante ponen en rápida polvorosa a otra parcialidad de carboneros, mas no sin harta brega, y como tratasen de bautizar aquel lugar, según era uso y costumbres entre conquistadores, alguien sugirió nombrar aquel sitio el pueblo de los valientes. No lo oyera Pedro Chiquillo, porque luégo al punto replicó: ¿Valientes tenemos? ¡No, por mi santiguada! Quédese el dictado para dicho a los buenos españoles. Estos gandules se apellidarán “los valentejos”. Y cayendo en gracia la fanfarronada, aquél se llamó, por los soldados, el pueblo de los valentejos.

Prosiguió la hueste faldeando la Sierra Nevada, aquella empinada sierra cuyos picos, según el Padre Simón “se meten barrenando hasta bien dentro de la media región del aire donde tienen su generación las impresiones meteorológicas” y dieron con sus huesos en el pueblo de Duichirrea, que se levantaba en el mismo riñón de la provincia de los carboneros, y allí asentaron el real; conque enseñoreados de la tierra, desparramáronse los soldados por poblaciones y campiñas con banderas al viento y espada parlante, arrasando aquí, rancheando allá y comiéndose cuanta sementera se les ponía por delante, que no en balde se decía en aquellos tiempos, “destroza más un español en un día que comen diez indios en un mes”.

Alarmados los carboneros con tal langosta en casa, pusieron en cobro sus provisiones y haciendilla, de donde a poco empezaron a faltar los matalotajes, cayendo sobre los invasores tal racha de hambre, que ya los ojos se les pegaban al colodrillo. Andaba, pues, Don Pedro con sus milites en tales apreturas, cuando cierto día apareciéronse en el real unos emisarios. Cundió la voz, acudieron los famélicos castellanos a la novelería, conjeturando que los recién llegados pudiesen traer algún consuelo comestible de Santa Marta; mas, con harto desengaño, hallaron que los tales eran simples enviados del capitán Antonio Flórez, quien con sus escuadrones operaba sobre el Valle de Tairona, en combinación con los de Don Pedro, y hallaron también que, en lugar de los suspirados víveres, traían los viajeros una misiva de su capitán, en la cual, a vueltas de ponderar los descubrimientos que venía haciendo y las grandes riquezas que ofrecía la provincia de Tairona, incitaba a Don Pedro a cruzar la áspera sierra que los separaba, en demanda de ellas. Respaldaba sus noticias el capitán Flórez enviando una adorable piedra toda ella surcada de relumbrantes clavos y venas de oro, y acompañábala con un papel portador de la siguiente leyenda, puesta en boca de la piedra, si es que las piedras tienen boca:

En Taironaca nació
salida de peña viva.
¡Cierra España, arriba, arriba!
si queréis saber de mí.

Regocijadamente celebró la ocurrencia el señor capitán Don Pedro de Cárcamo, y como las picase de poeta, para no quedar en menos, encerrándose en su estancia, se dio a perseguir a las musas, logrando, tras muchos sudores, pujos y calofríos, dar a luz esta respuesta:

Vuestra carta recibí
y en un pensamiento estamos:
¡Cierra España! ¡Y allá vamos
en acabando de aquí!

Festearon los rústicos soldados muy de veras tal concierto del parnaso castrense, pareciéndoles que después de escrito aquello, no había plus ultra en todo lo descubierto de la tierra. Pero, ciertamente, más habríanlo celebrado, si con los versos hubiera sobrevenido el reparo de algunas vituallas, que ya el hambre picaba de firme y las tripas rezongaban respuestas de liturgia, sin otro alivio que las ojeadas por rastrojos y rozas viejas cazando rezagos de yucas, frijoles, ñames, bledos y otras zarandajas medio podridas, con las cuales cocían una olla de convento que sazonzaban (cuando lo podían) con algún loro o guacamaya, que era lo mismo que uvas verdes, como que la nervuda carne de estos pajarracos no dejaba aproximar ni al más baquiano colmillo.

En estas y las otras andaban los buenos soldados samarios cuando acertó a llegar al real nuestro amigo Pedro Chiquillo, de vuelta de una excursión adonde había ido con otros compañeros y de donde regresaban tan hambrientos y aporreados que daba grima el verles. Y habiendo encontrado en el campamento el alegre alboroto, bullicio y entretenimiento de las estupendas coplas a la piedra de Tairona, y siendo soldado, como hemos dicho, de buena chispa y alegre disposición, acogió festivamente la novedad y resolvió “sacarle punta”, como dicen, con algún comentario, componiendo a tal propósito los siguientes metros:

Vuestra copla releí
y desengañado quedo;
ni la piedra vale un bledo
ni el verso un maravedí.
Hogarían mejor aquí
en vez de piedras, frisoles;
a trueque de versos, coles,
¡y en lugar de España, ají!
Y así conceto antici (pa)
un soldado fanfarrón:
tripas llevan corazón
pero no corazón tri (pa)

Si las coplas de sus capitanes encumbraron el entusiasmo de la bélica comparsa, éstas de su camarada levantaron la presión hasta el quinto cielo; pero, pero... levantaron también una ronchita regular en la epidermis de Don Pedro de Cárcamo y del capitán Flórez (cuando supo el cuento).

Porque, ciertamente, habrían ellos soportado cualquier crítica militar y aun algún insulto personal; pero... ¡no tocalles u oscurecelles sus cualidades poéticas! Bien decía un mi conterráneo, poeta de ver-

dad: "¡Los que "semos" poetas, convenimos en que nos mienten hasta la señora madre; pero que nos nieguen la "cencia", eso, nó!"

Y por puertas salió el Pedro Chiquito bajo la ira apolínea de sus jefes. Y harto mejor le resultara la expulsión, como que en Santa Marta tomó fusta para Cartagena, y de allí un galeón para Porto Bello, y de Porto Bello fue a tenerla a Chile, donde hizo carrera ganando por sus méritos y buenas partes el grado de capitán y, más tarde, el codiciado y honroso cargo de sargento mayor, en el cual murió años después en paz y gracia de Dios, y muy considerado, por cierto, de chicos y grandes, viejos y mozos, poetas, bardos y musagetas.

EL CACIQUE SALOMON

Nuestros abuelos, los conquistadores, guardaron ideas harto erróneas sobre las capacidades mentales del indio, hasta el punto de que historiadores como Simón llegaron al extremo de poner en tela de juicio el caso de si nuestros aborígenes tenían o no alma. ¡Carape! ¡Sí, que la tenían, y muy bien enraizada! Digo más: en materias de agudeza lucieron rasgos que en ocasiones dieron cinco y raya al más despierto genio español.

Quejábase Sugamuxi (aquel sacerdote de Iraca que andando el tiempo hízose cristiano, recibiendo el nombre de **Don Alonso**) quejábase, voy diciendo, de la mala administración de justicia existente en su pueblo. Enviábale la real audiencia jueces tras de jueces, y corregidores tras de corregidores; mas el daño no se enmendaba, y, de esta suerte, los encomenderos continuaban impunes, con visible perjuicio para los naturales. Finalmente y tras de muchos desengaños, avisáronle a Sugamuxi que iba a ser satisfecho en su demanda, como que ya había salido un nuevo juez hacia Sogomoso y, de contera, muy bien instruído para hacer allí paz y justicia.

Ante aquel anuncio sonrió el aburrido y ya escéptico cacique, y tornándose a sus buenos indios, díjoles:

—Andad, hijos, y reparad si las aguas del río corren hacia arriba o hacia abajo.

Fuéronse los inocentes indios a ejecutar lo que se les mandaba, y regresaron en volandas trayendo la estupenda nueva de que las aguas iban corriendo **de pabajo**.

—¿De pabajo?

—¡Así es la verdad, señor!

—¡Ah! Entonces tened por cierto que el nuevo juez no va a correr diferentes camino que los otros.

Y desde aquel entonces los míseros descendientes de los zagues, cuando dan con un río miranle atentamente, con la esperanza de hallar sus aguas (siquiera alguna vez) corriendo hacia arriba... ¡Vana ilusión! Para nuestras indiadas las aguas del gran río de la justicia han corrido y correrán siempre **de pabajo**.

Hubiera seguido Sugamuxi el ejemplo de Don Andrés Guate-

sique, cacique de Dubigara, otro gallo le habría cantado. ¡Vaya en gracia! Si el Guatesique era guane fotuto, y por lo tanto progenitor de aquellos famosos comuneros del 81... Así me atrevo a declararlo; mas no a jurarlo, porque se dice que ello es pecado en cosas de poco momento.

Dubigara, en cuyas tierras asiéntase hoy la gentil Barichara, constituyó una tan dilatada comarca, que dio tierra suficiente para ser repartida entre varios conquistadores. A fines del siglo XVII quedó toda ella bajo el poder de Don Juan Bautista de Olarte, provincial de la Santa Hermandad de la ciudad de Vélez, y por tal razón el sobredicho Don Andrés Guatesique nació y vivió bajo la tutela del mentado provincial.

Establecido lo antecedente, tomaremos el hilo de esta verídica y puntual historia diciendo que yendo noches y viniendo días, cierto mestizo, criado del encomendero, compró un labrantío de maíz a un indio de Dubigara llamado Pirinoche, comprometiéndose a pagarle por la dicha compra veinte pesos de buen oro, los que debía satisfacer, precisamente, por la próxima pascua de Resurrección.

Todo esto habría salido muy cabal si el mestizo no hubiera tenido para su colete ciertas máximas manguianchas, una de las cuales era aquella de que “el peor negocio es el de pagar”. Sentencia un poco desafortunada y que, a lo que colijo, no solamente en los antiguos, pero en los modernos tiempos ha sido usada y guardada por blancos, mestizos, indios y negros. Quizá por ello canta la copla:

¡Librame Dios de la peste;
de los mestizos y blancos;
de los negros y las negras;
de los zambos y mulatos.

Barrúntase de estos versillos que el poeta, o como se le llame, estaba desengañado de todo el género humano... ¡Mas dejemos esta zona peligrosa y resbaladiza y jarre con el cuento!

Conque sucedió que el demonio del mestizo aplicó su máxima al negocio celebrado con Pirinoche, de donde resultaba que las pascuas venían y las pascuas se iban y los veinte pesos pataleando; pataleando, sí, porque se estaban ahogando sin remedio y sin esperanza de él...

—¿Cuándo me pagaréis? —preguntaba Pirinoche al mestizo cada vez que le encontraba en Vélez.

A lo cual replicaba el socarrón:

—Entended y tened por cierto, mi buen Pirinoche, que estoy de viaje para la ciudad de Paga, donde vivían antiguamente los **paganos**, y que a mi regreso os pagaré rata por cantidad.

—¿Conque sí? ¡Ah, pícaro, ladrón, belitre de la peor calaña!

La hora había de llegaros, porque, como decía Pirinoche: “¡Mi Dios es más grande que una ceiba, y cobija a todas sus criaturas por parejo!”.

Y fue el caso que Don Juan Bautista de Olarte ordenó al mestizo que se trasladase a Dubigara a coleccionar y traerle el tributo añal; y aquí fue la buena, porque después de haberle entregado Don An-

drés Guatesique la tasa, y cuando ya el mestizo se partía, díjole con mucho comedimiento y gravedad:

—Señor mío: mejor fuera que le satisficierais la deuda al pobre Pirinoche. . .

—Aun mejor sería, don cornudo soplagaitas, que no os entrometiérais en el rancho ajeno, dejando a cada cual en paz con sus pecados.

—Quedaos con los vuestros, si os place; pero no con los veinte pesos de Pirinoche; que nunca consentiré salgáis de aquí sin haber arreglado la deuda.

Y como viese que el mestizo tomaba la cosa a burlas, indignóse tanto el cacique con el desacomedimiento, que sin dar campo a más, ordenó a sus vasallos que le prendiesen y sujetasen bien.

—¡Ahora, salteador en despoblados, veremos si destorcéis esa bolsa, porque dos azotes bien administrados os irán por cada peso! ¡Conque muchachos, menead esas manos, y por ahora contad sólo veinte!

No se hicieron rogar los dubigaras aquella orden, y fue de verse con cuánta ligereza dieron con el mestizo en tierra; con qué destreza le bajaron los gregüescos y con cuánto amor empezaron la azotaína mientras el cacique contaba con mucho brío: uno, dos, diez, quince, veinte. . .

Aquí cantó el mestizo la palinodia y, viendo las veras traducidas en sangre, con gran prisa soltó el cordón de la bolsa, y de acuerdo con la sentencia del cacique pagó a Pirinoche diez de los veinte pesos debidos.

Ya imaginará el lector la zafacoca que nació en Vélez cuando vieron llegar al mestizo todo derrengado y mohino. “Cómo, vociferaba el licenciado Morantes, *¿in qua urbe vivimus?* ¡No faltaba otra cosa sino que estos indios bellacos anduvieran a la hora de ahora azotando a nuestros criados y servidores”.

El encomendero, como era lo natural, montó en cólera e hizo llamar al cacique resuelto a propinarle un ejemplar castigo, dando así un escarmiento a los indios y una reparación a su criado. Compareció, al efecto, Don Andrés Guatesique, risueño, sonreído, esbozando sus dos hileras de blanquísimos dientes; y cuando el de Olarte, hízole airadamente la acusación, replicóle con mucho sosiego:

—Señor: considerad que el mestizo tenía embolados veinte pesos a Pirinoche. . .

—¡Pero en vuestra no estaba la punición! ¡Mirad que vuestra justicia meramente alcanzaba a los indios, a los meros indios!

Talmente: el mestizo es la mitad indio y la otra mitad blanco, y yo solamente hícele dar la mitad de los azotes correspondientes a la sentencia, y solamente le demandé la mitad de la deuda. Ahora, señor, como blanco que sois, haced justicia, si así os place, en la otra mitad de vuestro criado.

Ante aquella salida riéronse de muy buena gana los allí presentes; y a la risa se sumó el gusto cuando vieron cómo el justiciero Don Juan Bautista hízole pagar al mestizo los diez pesos remanentes, sin dejar por ello de propinarle los veinte azotes faltantes, los que fueron aplicados en la esfera izquierda de salva sea la parte, porque el

Leyendas

cacique, en el colmo de la legalidad jurisdiccional, apenas había ejercitado su sanción sobre la esfera derecha...

Así fue cumplida en todo y por todo la sabia sentencia del cacique de Dubigara, y aquí podría el cronista espaciarse haciendo variados comentarios, como el de decir que ¡cuántos Guatesiques hacen falta en nuestros tribunales!... Pero, ténte, plumilla, porque, como decía un indio de mi pueblo: "La mejor **cencia** es mi **máma** Prudencia!"